

HOMENAJE A UN MARGINAL

Ganado por la demencia y la pobreza, Antonio Acevedo Hernández murió en 1962 a los 75 años y sin haber conocido nunca la riqueza. Tal como los fantasmas desérticos de su «Chañarcillo» (1936), la "epopeya dramático-musical" del pueblo minero que acaba de subir a las tablas en su cuarta versión y como segundo estreno del Teatro Nacional Chileno.

Será el debut de Andrés Pérez como director de un montaje de esta entidad, que este año ha decidido hacer temporada con "Tres hitos teatrales chilenos del siglo XX". Y también un homenaje al dramaturgo que, escribiendo en forma autodidacta desde su propia marginalidad, se ganó el rótulo de padre del teatro social chileno.

"A ambos (Pérez y Acevedo) les ha tocado renovar el teatro que les tocó vivir y que los antecedió. Ambos le han dado a la chilenidad un marco de dignidad propio de las grandes obras del teatro universal", destaca Fernando González, director del Teatro Nacional y del montaje de 1979 para el Teatro Itinerante. "Y por eso tenemos muchas expectativas de esta reunión".

Obrero del Teatro

Antonio Acevedo Hernández nació en marzo de 1886 en Tracacura, un poblado cercano a Angol. Y nació pobre, hijo de doña María Hernández Urbistondo y de don Juan Acevedo Astorga, un aventurero ex combatiente de la Guerra del Pacífico que, según se cuenta, trabajó hasta en la construcción del Canal de Panamá.

El asunto es que, según sus biógrafos, "salió igualito a su papá". Independiente, rebelde y andariego. Tanto así que cuando tenía apenas 10 años y la familia recién se había trasladado a Temuco, decidió abandonar su hogar con una manta, un cuchillo y dos tortillas.

Fue de pueblo en pueblo hasta llegar a Santiago en 1930, a los 17 años. Aquí tuvo que barrer calles, limpiar edificios y acarrear maletas en la Estación Mapocho. Pero luego consiguió trabajo en la construcción cercana al conventillo donde vivía y donde, entre lectura y lectura, tomó una decisión inusual para un joven de su condición: le interesaba el arte dramático.

Y no sólo eso, sino que le interesaba el arte dramático nacido de lo popular, de su propio ambiente, en momentos que el público y los escenarios locales se entregaban de lleno a la opereta, la zarzuela y los actos de variedades. Pero el primer encuentro con el teatro —a raíz de su obra «La hora suprema», 1911— fue tan demoralizador que prefirió volver al campo.

Premunido de dos nuevos textos regresó a Santiago y se dio a la tarea de golpear puertas. En 1913 debuta «El inquilino» y lo que parecía un fracaso se convierte en un éxito sin precedentes entre la masa obrera, seguido por una veintena de estrenos de carácter social y coronado por una pieza de dimensiones épicas: «Chañarcillo».

La "epopeya dramática" del pueblo minero, escrita por Acevedo Hernández alrededor de 1932 a raíz de su estadía como trabajador en Copiapó y publicada en 1936, se considera hoy —junto a «Pueblecito», de Armando Moock, y «La viuda de Apablaza», de Germán Luco Cruchaga— como "una de las tres expresiones más verdaderas de la realidad chilena" que, entre el realismo y la tragedia mítica, busca calar hondo en la historia de esperanzas frustradas y miserias morales que sufrieron los hombres y

■ Andrés Pérez acaba de estrenar su versión para la epopeya dramático-musical «Chañarcillo», obra cumbre del padre del teatro social chileno Antonio Acevedo Hernández. La historia de miseria es la misma que hace 70 años.



Menos adaptación y más música incluye la versión 2000 de Andrés Pérez. El resultado es una obra colorida, animada, con toques de magia y de leyenda. Pero que impacta por la dureza del lenguaje y del gesto.

mujeres atraídos por la fiebre de la plata de mediados del siglo XIX.

Fue originalmente estrenada en 1937 en el Teatro Carrera por la compañía de la SATCH, con Esteban Serrador y Antonia Herrera. Se reestrenó en 1953 a manos del Teatro Experimental, con dirección de Pedro de la Barra y actuación especial de la folclorista Margot Loyola, que encabezaba un elenco de 34 actores, entre los que se contaban Bélgica Castro, Jorge Boudon, Shenda Román, Domingo Tessier, Agustín Siré, Pedro Orthous, Roberto Parada y Mario Lorca.

"Fue una bella jornada la del jueves en el Teatro Municipal.

Se palpaba un ambiente de estreno. Tengo para mí que en el fuero íntimo de cada espectador nació algo así como un sentimiento reivindicatorio. El montón de traducciones ilegítimas y de conflictos, ajenos en parte al vivir nacional, iban a mover paradójicamente las manos en estruendosas manifestaciones de agrado", escribió Antonio Romera para El Mercurio.

"La obra está escrita en un estilo directo, en un lenguaje vernáculo, sin afectación, llano y simple, a veces patético, pero lleno de toques talleres y de la gracia espontánea de nuestro pueblo. El diálogo es de una naturalidad y colorido admirables, ágil, socarrón, duro y densamente emotivo", señaló El Diario Ilustrado bajo las iniciales C.H.J.

Un duro sembrero

Cerca de 26 años más tarde, Fernando González, consciente de su importancia, decidió rescatarla para el Teatro Itinerante, encargando al profesor y hombre de letras Gastón von dem Bussche una adaptación especial que redujera a 12 personas el numeroso elenco y reemplazara algunos de los ya modernos recursos indicados por el dramaturgo (proyección de sombras, grandes carteles, canciones chilenas, réplicas unánimes) por una propuesta "juvenil y vibrante" de "teatro épico" atravesada por el coro, la música y la coreografía.

El estreno fue en 1979, y tuvo itinerando por todo Chile durante dos años a un elenco donde militaba un puñado de jóvenes actores que después alcanzaría renombre: Alfredo Castro, Aldo Parodi, Mónica Carrasco, Samuel Villarroel y el mismo Andrés Pérez, como coreógrafo y también actor a cargo del papel de Don Patricio, el dueño de la taberna o fonda donde transcurre el primer cuadro de la obra.

Para su versión 2000, Pérez ha convocado a un elenco encabezado por Diana Sanz (una actriz emblemática del Teatro Nacional) y formado por una docena de recién egresados de la Universidad de Chile, entre los que destacan ahora —y podrían figurar con más luces en el futuro— Julieta Figueroa y Alexis Moreno (como El Chicharra y La Carmen, protagonistas de una de las historias de amor que atraviesa la obra) junto con Iván Álvarez y Marcelo Maldonado (dos de los actores que en enero de este año presentaron su propia versión con el nombre de «Sedientos Crispaos»).

El trabajo del director de "La negra Ester" se desenvuelve sobre la misma adaptación de Von dem Bussche. Pero desechando su actualización del lenguaje, incorporando escenas del texto original y dando un énfasis especial a lo

musical, gracias a las cinco canciones compuestas por Luis Advis para la versión de 1979 más una nutrida selección del repertorio de cuecas y tonadas. El resultado es una obra colorida, animada, con toques de magia y de leyenda. Pero que impacta por la dureza del lenguaje y del gesto.

"«Chañarcillo» es dura", opina Pérez. "Y es social porque es dura. Porque, como dice uno de los personajes, es una fatalidad estar trabajando toda la vida para que otros se enriquezcan. Es ese tipo de frases que corresponden a personajes que tienen una visión donde las riquezas de la vida debieran ser compartidas de otra manera, y eso la hace muy social y muy rebelde también. Esa es una de las razones por las cuales acepté dirigir la obra, porque yo me identifico con la utopía que encierra. Una utopía que puede pare-



Dirección de Pedro de la Barra y actuación especial de la folclorista Margot Loyola para la versión del Teatro Experimental (hoy Nacional), 1953. Entre los 34 actores estaban Bélgica Castro, Jorge Boudon, Shenda Román, Domingo Tessier, Agustín Siré, Pedro Orthous, Roberto Parada y Mario Lorca.



La versión del Teatro Itinerante (1979) sólo tuvo doce actores. Pero entre ellos militaba un puñado que después alcanzaría renombre: Alfredo Castro, Aldo Parodi, Mónica Carrasco, Samuel Villarroel y el mismo Andrés Pérez.

cer ahora, a estas alturas, inocente, pero que no es tonta”.

—¿Ni pasada de moda, después de casi 70 años?

“Nooo. Ni pasada de moda, para nada. Es la gran discusión de qué se hace con la riqueza y de cómo se comparte. Eso está metaforizado en este lugar a donde acudieron tantos aventureros, en donde hubo tanta plata. Y con una metáfora excelente, pues esas minas se anegaron y todas sus riquezas todavía no se pueden explotar. Es una gran enseñanza de la naturaleza”.

—¿Y cómo se inscribe dentro de tu carrera, caracterizada por la búsqueda de esa “otra” chilenidad? ¿Cómo se compara con «Nemesio Pela’o...», por ejemplo?

“«Chañarcillo» es de aquellas obras que intentan mostrar al espectador realidades desconocidas de la historia de nuestro país... Además, ambas se inscriben en mi búsqueda de qué somos los chilenos; y me parece que, indudablemente, dan más respuestas acerca de una realidad actual. Como dice Brecht: *cuando te miras al pasado puedes comprender más tu presente...* Y ahí te das cuenta de que las aventuras de esos hombres tenían más colores, de que hoy se es más gris. De que son cosas que hoy, simplemente, ya no existen”.

Rocío Lineros